

El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NUM. 8740

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONO NUM. 58

FRACCIÓN DE SUSCRICIÓN.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7.50 id.—Extranjero, tres meses, 11.25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de Mill cobre.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. G. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24.

Sábado 13 Diciembre 1890

NAVARRO

19, ISAAC PERAL, 19.

Gran surtido de relojes de bolsillo de oro, plata, níquel y acero. Variedad de los de mesa, pared y despertadores. Excelente taller de composuras. Cadenas, colgantes y diges.

EXACTITUD Y ECONOMIA.

ECOS DE MADRID.

12 Diciembre de 1890

¡Qué Madrid éste! Lu go se habla de los políticos que cambian de opinión. ¿Cómo no, si Madrid les da continuamente el ejemplo de esos cambios? Hace ocho días el tiempo estaba seco, helaba y las plumas alternando con la viruela aumentaban la mortandad. Después nevó, luego hubo un día de niebla capaz de hacernos creer que vivíamos en Londres, y por último, antes de ayer y ayer por la mañana a llovió á cántaros, efectuándonos una temperatura suave, agradable, casi primaveral para que pudieran ser los tres inviernos que se verificaron, anteriores de tres personas distinguidas, víctimas de enfermedades adquiridas ó exacerbadas por la terrible sequía y el frío intenso de los días de la semana anterior.

La esposa del célebre médico cirujano D. Federico Rubio, la esposa del alcalde primero de Madrid y el honradísimo y querido ciudadano D. Mariano Milgo, fueron conducidos ayer á la última morada. Lo más distinguido del sexo fuerte se repartió ayer para rendir el último homenaje á las tres víctimas.

Los hombres de ciencia y muchas personas distinguidas, acudieron á acompañar los restos de la señora del iustre operador D. Federico Rubio. Todos los concejales, muchos hombres políticos y todos los empleados altos y bajos del Ayuntamiento siguieron el magnífico corteo fúnebre que conducía al ferrocarril del Norte el cadáver de la señora del alcalde. Gran número de periodistas, de literatos, de actores, de industriales, según el séquito de D. Mariano Milgo. Los tres cortejos recurrieron las principales calles de Madrid.

El Sr. Milgo tenía muchos y buenos amigos. Abogado, pero con más afición á tratar artistas y poetas que hombres de ley se le hallaba en los teatros siendo amigo muy estimado de los actores, en el café rodeado de periodistas, y desde se consideraban y le querían porque á todas horas se hallaba dispuesto á hacer algún favor, á dar un buen consejo.

Accionista del periódico *El Imparcial* primero y después de *El Liberal*, en los momentos difíciles y antes de que las dos hoy populares publicaciones llegasen á la prosperidad, no fué quien menos sacrificios hizo para que veniesen las primeras dificultades.

Con estas muertes han salido y las noticias que publican los periódicos de las invasiones de la epidemia reinante y de los efectos que producen las inyecciones Koch

en los enfermos en que se están experimentando, el ánimo se contrista más de lo que conviene en esta época del año que por ser ya de suyo triste y melancólico exige que busquemos distracción para pasarlo del mejor modo posible.

Eso de saber los grados de calor de los pobres dolientes, las alteraciones que sufren de hora en hora es sin duda muy útil para los doctores y en los periódicos especiales estos datos serían preciosísimos. Pero para la generalidad de los lectores son de un efecto deplorable, y si bien es verdad que hoy todo puede decirse quizás sería oportuno pensar un poco en lo que debe contarse

Bien es verdad que también nos ofrece la locuacidad contemporánea motivos de satisfacción y de alegría. Ahí es á el triunfo que los nobles y generosos parientes han alcanzado, consiguiendo del gobierno francés el perdón del joven á quien en masa han protegido para protestar de un acto que rechazan el sentido moral universal y la especial hidalguía castellana. Todo hace creer que esta protección se ha prestado más á un desgraciado que á un culpable. Hay que atribuir á la providencia una buena parte de lo que ha sucedido.

Ya se habrán enterado mis lectores de que un jovenzuelo de 14 años atentó á su vida disparándose un tiro en la sien y quedando gravemente herido. El motivo que le impulsó á cometer este acto de desesperación fue el temor de presentarse en su casa sin la capa que había tenido que empeñar para atender á los gastos á que necesidades. Estos sucesos se repiten con frecuencia y no sería malo meditar un poco acerca de lo que conveniría hacer para evitarlos.

Los teatros se animan. Esta noche se estrenarán dos obras, una en la Comedia *El Sr. Cura*, de Vital Aza, que de seguro alcanzará un buen éxito y otra titulada *Genoveva* de un distinguido escritor. Las empresas se preparan para las fiestas de Navidad.

También nos preparamos todos los españoles y no pocos franceses y lusitanos á ganar los diez millones del premio gordo del próximo sorteo de la lotería.

Desde ahora hasta el día 23, disfrutaremos del dulce privilegio de hacernos ilusiones.

¿Cómo se llamará la X de este año?
Julio Nombela

GALLINAS

La estadística nos da de cuando en cuando noticias muy curiosas, y algunas veces con datos, sobre lo que menos importante parece; nos hace ver que la riqueza de Francia debe ser en realidad inmensa; cuando recurros que á primera vista creíamos insignificantes se cifran por sumas enormes.

Pocas personas tendrán idea siquiera remota de lo que representan las gallinas francesas y lo que produce su venta y la de los huevos.

Hay en Francia, según el último censo, 45 millones de gallinas.

Por mucho que piensen mis lectores, no creían que este país encerraba tanto ser pusilánime.

A 2.50 francos por término medio, dan un capital de 112.500.000 francos.

Se matan al año próximamente la quinta parte, lo cual produce en venta 22 500.000 francos.

Las que ponen se evalúan en 85.000.000 de huevos y dan por valor de 183 500.000 francos de huevos.

¡Cáscaras!

INFLUENCIA DEL FRIO

A 40° bajo 0 el pan, la carne, el vino, la cerveza, todos los alimentos sólidos y líquidos, menos el alcohol, adquieren la dureza de la piedra. En los buques que sufren tales inclemencias las raciones se dividen á harapos.

Si se pretende fumar un cigarro, éste se apaga al contacto de los cristales de hielo en que se condensan el vapor de agua exhalado por la respiración y el de la atmósfera.

A estas temperaturas el tabaco en contacto con el aire se convierte en impalpable polvillo á causa de la sequedad, por la congelación de todo el vapor de agua de la atmósfera.

Las partículas de nieve en suspensión producen una impresión de humedad insoportable.

En el aire, muy condensado por el frío, el sonido se transmite con mayor intensidad. Las palabras pronunciadas á media voz se oyen á centenares de pasos de distancia.

La madera adquiere la dureza del metal.

Con un puñado de manteca se puede descalabrar á uno como en los países meridionales con un guijarro.

Los sentidos del olfato y del oído son los que más sufren á causa del estado de congestión y de secreción exageradas en que se encuentran siempre las mucosas. Si se sale de un lugar abrigado á una atmósfera que se encuentre á muchos grados bajo cero se respira involuntariamente por la nariz, porque la opresión que sienten los pulmones obliga á cerrar la boca.

Los párpados se cubren de una espesa capa de hielo, que hay que romper á cada momento para abrir los ojos. Las evaporaciones de los líquidos de éstos es tan considerable, que empañan interiormente los cristales de los anteojos. A 35° bajo cero éstos son tan opacos como si estuvieran hechos de corcho.

Variedades.

UNA DE TANTAS

A una mujer amé como un imbécil:
¡Cuántos mundos de dicha columbré
en su pupila transparente y pura...
y qué chasco llevé!

¡Cuántas veces sus frases fermentadas,
sus ardientes protestas escuché,
engañado de placer supremo...
mas qué chasco llevé!

Una tarde me dijo sorprendido:
«Si tú me olvidas, yo me moriré.»
¡Cuánto me quierel dije yo gozoso...
mas qué chasco llevé!

La noche que partí quedé en llanto,
febril en el andén me dejé.
¿Cómo poner en duda su cariño?
mas ¡cómo me engañé!

En cinco meses que duró mi ausencia
innumerables cartas le mandé,
ella... no me escribió ni una tan sola.
¿Por qué? No sé por qué

Una mañana al fin, me dio el cartero
una carta que ansioso desdoblé,

pero apenas fijé la vista en ella,
extático quedé.
He aquí el contenido de la carta:
«La señorita doña Adela B»
anuncia á usted su efectuado enlace
Con el conde de C.»
A. G. de A.

HOMBRES SERIOS

Generalmente, en todas las tertulias de café hay alguno de esos individuos que nos impresionan por nada.

—¡Oh, D. Antolin es hombre serio!—dicen los amigos.

Y, efectivamente, él no se ríe nunca.
—¿Sabe usted—le dicen—lo que trae hoy EL HERALDO?

—No—contesta D. Antolin con indiferencia.

—Pues parece ser que se han envenenado diez y seis monaguillos en una catedral de Italia.

—¡Qué barbaridad!—exclaman, asustados, seis ó siete de los que lo oyen.

D. Antolin no pestañea.

—¿Y cómo ha sido eso?—pregunta uno de los más impresionables.

—Pues nada, un desgruido. El vino de reserva que usaba en la sacristía para celebrar las misas, parece ser que había estado algún tiempo en una vasija de cobre mal estañada, y sin duda los pobres monaguillos lo habían probado antes de destinarlo al culto.

D. Antolin se rascó la punta de la nariz con un dedo.

—Pero no es eso lo más grave—gruete el narrador,—del mismo vino remitió el fabricante á un colegio unas cuantas docenas de botellas, y según un telegrama, se han envenenado también doscientos treinta y tres niños, doce criados, tres pasantes y un profesor de hebreo, su señora y un loro.

Todos los que escuchan se levantan insensiblemente de sus asientos un par de dedos.

D. Antolin, sin moverse, sacude con mucho esmero un poco de ceniza que se le había caído sobre el pantalón.

—¿Qué le parece á usted, D. Antolin?—le pregunta horroizado uno de los más compasivos.

—¡Es mejor!—contesta el hombre serio—habiendo veneno... no tenían más remedio que envenenarse; lo mismo en Italia que en Tortosones.

—Pero usted no se impresiona por nada?
—No, señor,—respondió D. Antolin.—He visto tantol...

—Si se conoce—exclamaban todos, mirándole con asombro.

—Hace un mes, cuando se verificó—como dicen en el lenguaje de Salónica—el incendio de la Legación de España, que está en el ministerio de Estado, y es vicedirector de cotillones en varias casas de la grandeza.

—Señores—dijo en cuanto se sentó, sabido de recibir una carta de un compañero, que está en la Legación de Atenas, contándome horrores del incendio.

Todos nos agrupamos alrededor del joven diplomático.

D. Antolin, á quien el compañero le había dado café en aquel momento, dijo naturalmente:

—¡Mas!

—Y qué, ¿ha sido espantoso ese incendio?

—Pregúntelo uno de los contertulios, está en el café en un párrafo de la *Carta* dijo Cascamocha.—¡Van ustedes á estar chocando!